taller de letras

REVISTA DE LA FACULTAD DE LETRAS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Regímenes de posibilidad: configuraciones afectivas, territoriales y subjetivas en tres representaciones literarias sobre la violencia en Colombia

Regimes of Possibility: Affective, Territorial, and Subjective Configurations in Three Literary Representations of Violence in Colombia

Wilmar A. Ramírez-López
Universidad de La Serena

wilmar.ramirezl26@gmail.com
orcid.org/0000-0001-8441-3889

TALLER DE LETRAS 76 (junio de 2025): 64-93
DOI: doi.org/10.7764/Tl.76.64-93
ISSN impreso: 0716-0798
ISSN electrónico: 2735-6825

Fecha de recepción: abril de 2024
Fecha de aceptación: marzo de 2025

tallerdeletras.letras.uc.cl

Regímenes de posibilidad: configuraciones afectivas, territoriales y subjetivas en tres representaciones literarias sobre la violencia en Colombia[1]

✳

Regimes of Possibility: Affective, Territorial, and Subjective Configurations in Three Literary Representations of Violence in Colombia

Wilmar A. Ramírez-López
Universidad de La Serena
wilmar.ramirezl26@gmail.com

Resumen

El objetivo del presente artículo es analizar los mecanismos de resistencia que se proyectan a nivel representacional en tres novelas colombianas, cuyas narrativas giran en torno a la problemática del conflicto armado en el país: *Era mucho el miedo* (2016), *La sembradora de cuerpos* (2019) y *La fruta del borrachero* (2018). El énfasis de este trabajo radicará en el análisis de las prácticas y discursos de resistencia que corporalizan tres mujeres jóvenes, Adelita, Frida y Petrona, representadas en las novelas. Ellas, desde la performatividad de su accionar, instalan diferentes regímenes de posibilidad: relacionales, territoriales y subjetivos que desactivan procesos estructurales que sostienen, naturalizan y legitiman diversos repertorios de violencia.

Palabras clave: narrativa colombiana, representaciones de la violencia, resistencias.

Abstract

This paper analyzes the mechanisms of resistance represented in three Colombian novels about the armed conflict: *Era mucho el miedo* (2016), *La sembradora de cuerpos* (2019), and *La fruta del borrachero* (2018). This analysis focuses on the practices and discourses of resistance embodied by three young women: Adelita, Frida, and Pe-

1 Este artículo es resultado de la tesis doctoral: "Violencia y capitalismo: regímenes de la representación y nuevas modulaciones de la violencia en la literatura colombiana reciente", la cual fue financiada por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID), N° 21180972. Además, agradezco al Proyecto Anillo ATE220054 "Patrimonio, Espacio y Género" donde participo como investigador postdoctoral.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

trona. Through the performativity of their actions, they install different regimes of possibility: relational, territorial, and subjective, which disarm structural processes that support different repertories of violence.

Keywords: Colombian Narrative, Representation of Violence, Resistances.

Introducción

Las novelas *Era mucho el miedo* (2016) de Gloria Inés Peláez (1956), *La sembradora de cuerpos* (2019) de Philip Potdevin (1958) y *La fruta del borrachero* (2018) de Ingrid Rojas Contreras (1985) presentan estructuras representacionales dialogantes. Estos relatos coinciden en diversos puntos: narran problemáticas asociadas al conflicto armado colombiano, representan contextos de profunda precariedad social y económica y, lo que es central en el presente artículo, proyectan subjetividades femeninas jóvenes que se agencian contra la violencia en espacios sociohistóricos específicos, afirmando diversos regímenes de posibilidad y de resistencia frente a esta.

Específicamente, este análisis se centra en los personajes de Adelita, Frida y Petrona, protagonistas las dos primeras de *Era mucho el miedo* y *La sembradora de cuerpos*, respectivamente, y la última, personaje secundario de *La fruta del borrachero*. Estas mujeres articulan, a través sus prácticas y sus modos de subjetivación, formas de oposición a la violencia que van desde la reestructuración y resemantización de los lazos sociales, pasando por la visibilización de una relación vinculante con el territorio, hasta la afirmación de la duda como posibilidad de reflexión e interrupción de la espiral de violencia en los espacios en los que esta ha sido normalizada.

Las jóvenes sujetos representadas se ubican en territorios colombianos bien diferenciados: Adelita en la región tolimense, Frida en la región chocoana y Petrona en la región andina central. A pesar de que en estos espacios operan problemáticas sociales, políticas y económicas disímiles, existen coincidencias que conectan las historias de las jóvenes en distintos puntos, principalmente en relación con la violencia del conflicto armado colombiano.[2] Así, además del rango etario en el que se ubican, las

2 Un ejemplo de esto es el desplazamiento forzado que, producido por diferentes actores armados (guerrilleros en el caso de Adelita y paramilitares en los casos de Frida y Petrona), funciona como el principal detonante de la precariedad que constituye la vida de las jóvenes y sus familias en cada una de las novelas.

tres han experimentado de manera directa amplios repertorios de violencia que han marcado profundamente sus subjetividades en términos materiales y psicológicos.[3]

Posibilidades representacionales: de mujeres-jóvenes, jóvenes-mujeres

Uno de los puntos centrales en los que coinciden las novelas de Peláez, Potdevin y Rojas es en las subjetividades representadas: mujeres jóvenes que subsisten en contextos estructurados por múltiples violencias. En línea con lo anterior, surgen dos preguntas fundamentales para este análisis: ¿cuáles son las posibilidades implicadas en la representación de estas subjetividades articuladas por la intersección de estas dos categorías, de género y etaria? y ¿qué regímenes de posibilidad instauran estas subjetividades desde las condiciones contextuales, subjetivas e intersubjetivas que las configuran socialmente?

En relación con la primera parte de la pregunta, sobre las posibilidades de la representación relacionadas con el género, resulta efectivo establecer un diálogo con los planteamientos de Rita Segato respecto a la articulación de una "politicidad en clave femenina", la cual propende a una domesticación de la política, que la desburocratice y la humanice (*La guerra* 24). En este proceso de resistencia y oposición estructurante de una "domesticidad repolitizada" que se contraponga al "pacto colonial-moderno-capitalista", resultan centrales "los estilos de negociación, representación y gestión desarrollados y acumulados como experiencia de las mujeres a lo largo de su historia, en su condición de grupo diferenciado de la especie, a partir de la división social del trabajo" (Segato 25). La "politicidad en clave femenina", de acuerdo con Segato, difiere de la politicidad masculina: generalizante, globalizante y burocrática que configura desde lo público relaciones desiguales, excluyentes y distantes. Por el contrario, la codificación femenina constituye "una política de los vínculos, una gestión vincular, de cercanías, y no de distancias protocolares y de abstracción burocrática" (Segato 27).

La argumentación de Segato da cuenta de la relevancia de la mujer y del registro de "lo femenino", como una posibilidad para articular otras formas de lo político que desestructuren el régimen hegemónico capitalista patriarcal. En concordancia

3 Para un análisis específico de los repertorios de violencia desplegados contra las mujeres en estas tres novelas, véase el artículo: "Articulaciones de la violencia contra la mujer en el marco de las narrativas del conflicto armado colombiano" (2020) de Ramírez-López.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

con esta idea, las novelas analizadas exponen, desde la experiencia subjetiva de tres mujeres (Adelita, Frida y Petrona), regímenes de posibilidad que ofrecen resistencias a las políticas de negación del otro, intentan la rearticulación de un lazo social afectivamente vinculante, y afirman la pertenencia y el arraigo con el territorio como formas de reestructuración de un nuevo orden social.

La argumentación de Segato da cuenta de la relevancia de la mujer y del registro de "lo femenino", como una posibilidad para articular otras formas de lo político que desestructuren el régimen hegemónico capitalista patriarcal. En concordancia con esta idea, las novelas analizadas exponen, desde la experiencia subjetiva de tres mujeres (Adelita, Frida y Petrona), regímenes de posibilidad que ofrecen resistencias a las políticas de negación del otro, intentan la rearticulación de un lazo social afectivamente vinculante, y afirman la pertenencia y el arraigo con el territorio como formas de reestructuración de un nuevo orden social.

El primer estadio, el de la infancia, es el régimen perdido, el que no fue posible experienciar plenamente por las condiciones de violencia y contextuales que experimentaron las jóvenes desde temprana edad. El segundo, el de la adolescencia-juventud, aparece como un espacio elidido en las historias de vida de las protagonistas, pues, debido a las situaciones a las que se vieron expuestas, operó en ellas un presuroso tránsito físico y psicológico de la infancia a la adultez, que no permite el desarrollo pleno de ninguna de las dos etapas. Petrona, a sus trece años, tenía "ojos de vieja amargada" (Rojas 27), "estaba atrapada en algún lugar entre mujer y niña" (Rojas 85). En Frida opera esta misma transición, ella ha hecho "demasiado rápido el tránsito de la inocencia a la experiencia. Hoy sus ojos carbón . . . son los de una mujer curtida. Aquí, ahora, es posible envejecer años en un día o dos; a veces, en un par de horas" (Potdevin 11-12). Los procesos de exposición sistemática a la violencia configuran de un modo determinado las corporalidades, desde las huellas que les imprimen y desde la forma en que disciplinan sus cuerpos, física y psicológicamente.

Las situaciones límite vividas instauran forzadamente un régimen de la adultez que se sostiene no solo en las responsabilidades materiales adquiridas por las jóvenes con su entorno familiar, sino también en las responsabilidades políticas, sociales e individuales que tienen que asumir en términos de sus existencias. En este último sentido, se ubican prácticas como la defensa del territorio que hace Frida al imponer y afirmar su cuerpo en él, además de su labor como enterradora de los cadáveres que trae el río. Del mismo modo, en Adelita, hay un proceso de búsqueda y recons-

trucción de una memoria perdida, encubierta en su entorno social. Finalmente, en Petrona, se presenta un complejo proceso de articulación subjetiva fundamentado en la duda, con la cual cuestiona el lugar y el rol político que le corresponde ejercer en su marco familiar y social.

En las novelas, estas sujetos femeninas muestran rasgos de cada estadio vital: la mirada imaginativa y ensoñadora del mundo; la resistencia y rebeldía frente al acatamiento y encasillamiento en un rol, además de la búsqueda identitaria; y la subsunción frente unas responsabilidades sociales, aunada a una conciencia de su rol social. En estas tres mujeres, esos estadios subjetivos son aprehensibles como estados transitorios en constante desplazamiento, ya que son múltiples las temporalidades que los articulan de manera simultánea y las prácticas mediante las que estos se exteriorizan en el mundo. Así, además de la adultez, en estas sujetos existe un rasgo predominante que, de acuerdo con una conceptualización hecha por Rossana Reguillo (2012), es definitorio de la juventud contemporánea, este es el de la capacidad disruptora frente a un orden social y cultural determinado.

Uno de los constructos metafóricos con los que Reguillo piensa las construcciones identitarias de los jóvenes y sus prácticas sociales, culturales y políticas, es la de "nuevos bárbaros". Desde este concepto, estructurado en diálogo con el texto *Los Bárbaros. Ensayos sobre la mutación* de Alessandro Baricco, Reguillo trata de redefinir su propio entendimiento de la juventud, ya no como "argonautas", buscadores de identidad, sino como "bárbaros", "portadores de nuevos sentidos, estrategias y dominios" ("Navegaciones" 138). Para la autora, lo que define en algunos ámbitos específicos a la juventud es su capacidad de transformación y de ruptura frente a determinadas lógicas de saber-poder y los modos de relación con el otro. Así, "irrumpen en la sociedad del siglo XXI para trastocar aquellos sentidos fosilizados" (Reguillo, "Navegaciones" 138) y "socavar sus bases" (Reguillo, "Nuevas gramáticas" 2).

La teorización de Reguillo, si bien se inscribe en el estudio de los procesos de formación de identidades en relación con los modos de vinculación tecnológica, tiene un claro rendimiento para pensar como nuevas bárbaras a las sujetos representadas en las novelas trabajadas. Estas jóvenes bárbaras o nuevas bárbaras son sujetos que, individualmente, a través de su performatividad interaccional, inscriben nuevas formas de politicidad ("en clave femenina") y de socialidad en un escenario contextual profundamente fracturado. En esta línea, Adelita, Frida y Petrona, como mujeres jóvenes, exponen dinámicas que ponen en cuestión y tensan los núcleos largamen-

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

te sedimentados que estructuran la violencia: la deshumanización, el desarraigo, los procesos de desafección, la ruptura del lazo social y los procesos de desmemoria.

Resistencias compartidas

"Frida para de llorar. Suspira. Se abraza a sí misma"
(Potdevin 29)

Una de las formas más evidentes de resistencia que ejercen, particularmente Frida y Adelita, es la de imponer sus voces y sus corporalidades demandando justicia y activando procesos de memoria. En *La sembradora de cuerpos*, son varios los reclamos que hace Frida en estos sentidos, a partir de un accionar inquisitivo y reivindicador. En el velorio de Milagros, la maestra del pueblo, la joven articula un dinámico *performance* que contribuye a activar procesos para la elaboración de un duelo colectivo al reavivar, junto a los rituales tradicionales, una memoria viva de la maestra. Del mismo modo, más adelante, ella instala un reclamo ante la injusticia de este asesinato, a la vez que cuestiona y explicita las tramas de la guerra que determinan su cotidianidad.

En el primer caso, Frida expresa su dolor y evoca a Milagros poéticamente por medio de la declamación *in crescendo* del poema XX de Pablo Neruda, el cual esta les había compartido en la escuela. De este modo, externaliza el dolor que siente y reproduce la presencia de la maestra. En general, la escena del velorio de Milagros articula dos registros, uno racional y uno poético: aquel expresado en las voces de los hombres que manifiestan sus opiniones sobre lo acontecido: "No nos pueden dejar sin maestra" (Potdevin 29), "Esa gente hace lo que le da la gana" (Potdevin 29), "Milagros no era ninguna informante. Esto es pura maldad, esa gente tiene el corazón de piedra" (Potdevin 30); este, expuesto por las mujeres del pueblo que articulan una modulación poética, por medio de sus cantos tradicionales: "*¡Olelé, olelá!, ¡Ay, negra, mamá dejá de llorar; Leri ebogda leri aguo!*" (Potdevin 29), y por Frida y su declamación: "*La noche está estrellada, y tiritan azules, los astros, a lo lejos*" (Potdevin 30). Entre estos registros, este último es el que devela una relación personal en el marco de la convencionalidad de los rituales dados a la muerta; con su enunciación, Frida logra materializar una memoria viva que particulariza la existencia misma de quien ya no está. El régimen de visibilidad poético que expresa Frida junto a las cantoras, y la manera en que se impone frente a las voces de los hombres que se extinguen, da cuenta

de la inoperatividad que envuelve la codificación racional, aferrada a causalidades, en un contexto determinado por las lógicas excesivas de la guerra.

Asimismo, cuando los paramilitares irrumpen en Las Brisas y forman a todos los habitantes en la cancha del pueblo, Frida es la única persona que le hace resistencia a su ejercicio de violencia y terror. Josefo Farfán, el comandante del grupo armado, se acerca a ella y a su madre. Ella "lo escruta sin escrúpulos. Ha perdido por un instante el miedo" (Potdevin 44), lo increpa, le dice que lo ha visto antes en el pueblo con el Ejército en una brigada de salud, le señala que el comandante de la guerrilla es un hombre parecido a él, le pregunta si su grupo es el responsable de los muertos que bajan por el río, y concluye afirmando: "—Claro, como saben que los muertos no pueden vengar la injusticia —alza la voz más—: ¡Y no me diga niña!" (Potdevin 45). Su discursividad es una potente afirmación que se resiste a la lógica del miedo y el terror para encarar y reclamar ante la violencia misma. De esta manera, cada enunciación es un acto performativo que condensa y exhibe encubrimientos y silencios: la connivencia Ejército-paramilitares, la indistinción de los actores armados y la responsabilidad en la necro-transformación del territorio. Finalmente, ese último enunciado, respuesta al hecho de que Farfán la llamara niña, es un reclamo que impide su invalidación enunciativa y, por tanto, la negación de su discurso y de la propia afectación que ella sufre por la violencia.

Por su parte, en la novela de Peláez, Adelita, tras el asesinato de su pareja en la toma guerrillera, además de la luchar por la sobrevivencia de ella y de su hija, inicia un proceso de resistencia frente a la desmemoria y el ocultamiento que ha operado en su contexto social y familiar. En esta búsqueda, se entera de que su esposo cuando era policía en Armero frecuentaba un lugar de explotación sexual infantil llamado "Casa de las Muñecas", antes de que la avalancha ocurrida en 1985 arrasara con la ciudad. Los hombres que visitaban este lugar realizaban prácticas pedófilas con las niñas que eran obligadas a trabajar allí, "las sentaban en las rodillas y las aupaban como montándolas en caballito. Y eso las mujeres las vestían con ropas chiquitas que parecieran más niñas todavía, y ellos las peinaban y les ponían moños, así con el pelo dividido en dos colitas" (Peláez 105).

El relato sobre la "Casa de las Muñecas" expone un sistemático régimen pedofílico de explotación sexual de la infancia que opera en complicidad con un amplio núcleo social e institucional. La madre de Adelita, quien también escuchó con reticencia la historia de este lugar, contada por un rezandero, trata de silenciar al hombre,

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

interrumpe el relato, pero Adelita lo insta a continuar. Con esta narración, Adelita comienza a cuestionar el propio disciplinamiento de su cuerpo, ejercido de manera directa por su pareja, veintiún años mayor que ella, y por su madre. Su relación marital, profundamente desigual, sostenida en una masculinidad dominante, se articulaba en una vinculación paternal que demandaba de Adelita un comportamiento infantil e "inocente"; Nacho, su esposo, la sentaba en sus piernas y la peinaba, la llevaba al colegio y le daba un beso en la frente, le daba dulces y peluches cuando regresaba de sus viajes. La lógica relacional impone una infantilidad extendida que se constituye en función de unos deseos masculinos pedofílicos. En esta dinámica, contribuía además la madre a partir de un ejercicio constante de moldear y disponer el cuerpo de su hija, desde su vestimenta, para que satisficiese ese deseo masculino de infantilidad.

Luego de escuchar el relato y la posterior interrupción de la madre, Adelita señala:

> Me sentí incómoda. Me moví a un lado y de manera distraída subí mi mano para desatar el cabello recogido en dos colitas, como lo acostumbraba llevar por recomendaciones de Nacho. Moví los hombros para liberar los senos estrechos y forrados en la blusa pero fue inútil: mi madre las cosía con una talla menos desde que me fui con él. Sentí que yo era diferente de la figura que Nacho y mi madre me obligaron a llevar. (Peláez 106)

En este contexto, Adelita inicia un proceso de reconocimiento de las discursividades que la constituyen como sujeto y desde allí comienza a elaborar un ejercicio de desalienación, que hace posible la configuración de una identidad en la que ella posee una mayor agencia. Se trata de una disputa identitaria que tiene unos costos emocionales y materiales, pues tiene que ser asesinado Nacho, y tiene que morir su hija, extensión de la dominación masculina patriarcal a través del mandato maternal, para que ella adquiera paulatinamente la libertad necesaria que le permita otro tipo de rearticulación subjetiva. En este proceso, es central la demanda que ella impone de manera constante por saber sobre ese pasado-presente, negado social e institucionalmente, que determinó su propia existencia y la de muchas otras mujeres.

Adelita o el lazo social

". . . su rostro me era tan familiar como si viera el mío en un espejo"
(Peláez 210)

La consolidación de una economía globalizada, caracterizada por el libre mercado, la libre competencia y un marcado individualismo, ha reconfigurado el lazo social en las sociedades contemporáneas hacia esos horizontes competitivos e individualistas. Aunado a esto, en sociedades como la colombiana, en la que se han experimentado largos procesos de violencia, el lazo social, como espacio articulado por ciertas ofertas de sujetos (Araujo 16), ya había sufrido fuertes subversiones debido a la producción de unas subjetividades específicas modeladas en esos espacios de violencia. En este caso, como en otros latinoamericanos, los factores economía-violencia se interseccionan, intensificando y diversificando procesos de ruptura en los modos de vinculación colectiva-solidaria entre los sujetos, y entre estos y el territorio. En estas situaciones, como señala Fernando Blanco refiriéndose al caso chileno, quedan expuestos "modos alternativos de vinculación societal que ponen de manifiesto la inmensa variabilidad de articulación del lazo social" (14).

En este entorno de neoliberalización de las relaciones, la estructuración misma de lo social-individual queda determinada por la violencia y la tendencia intensiva a la acumulación de capital, como señala Abril Trigo:

> [L]a verdadera y más rotunda novedad [de la globalización] reside en la inédita subsunción de las distintas esferas de la vida social, incluyendo los afectos, los valores, los deseos, a la lógica expansiva y acumulativa del capital, lo cual hace coincidir como nunca antes en la historia de la modernidad la producción de riqueza con la producción de *jouissance*, la extracción de plusvalía con la extracción del *plus-de-jouir*, la explotación del trabajo con la explotación del deseo. (citado en Del Sarto 59)

De este modo, la vinculación intersubjetiva y la relación sujeto-territorio, no puede ser más que explotadora, calculada y conveniente, sostenida en el uso-abuso de lo otro: de seres humanos-no humanos y del territorio en general. En el contexto de "las prácticas político-económicas" neoliberales, como lo demuestran sus momentos experimentales sostenidos en los regímenes dictatoriales del Cono Sur, ningún coste es demasiado alto y ninguna violencia es excesiva para alcanzar el más alto rendimiento, las mayores ganancias y los mejores beneficios individuales. Este ordenamiento de un

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

modelo-mundo termina por producir subjetividades individualistas con una fuerte noción de autosuficiencia y con un marcado interés vincular en el aprovechamiento del otro/lo otro en función del beneficio propio. Esta lógica fractura y reconfigura el lazo social mismo, instaurando un modelo relacional limitado a las posibilidades de oferta y demanda de unos sobre otros, en el que quien más potencial de violencia posee se impone de forma más arbitraria y brutal sobre el otro.

En la narración de Peláez, Adelita, tras la pérdida de su esposo, proveedor-protector, queda expuesta al régimen transaccional que regula su contexto social. Ella y su hija terminan sumidas en una vida precaria con posibilidades limitadas de subsistencia. En el marco social capitalista-patriarcal en el que se desenvuelve, ella, como mujer joven, solo puede ofrecer su corporalidad como objeto de cambio. Este régimen vincular lo expone la novela en dos momentos diferentes, desde la relación conyugal que tenía Adelita con Nacho, y desde la búsqueda de ayuda que le ofrece el capitán Rojas para que viaje a Bogotá a atender a su hija enferma.

La conyugalidad de Adelita estaba determinada por las lógicas deseantes de la masculinidad hegemónica detentada por Nacho, las cuales estaban sostenidas en estructuras de dominación patriarcal largamente diseminadas en los escenarios sociales e institucionales tradicionales. Así, Adelita no podía más que corporalizar el deseo del otro, un deseo que la anula como sujeto infantil sexualizado y que la violenta física y simbólicamente, a través de reiteradas agresiones y de la latencia de la violencia siempre presente. A este régimen contractual accede ella como forma de subsistencia física y social, él le provee a ella y a su madre, y las "protege". Por esto, a pesar de sentirse amenazada y de saberse vulnerada, no puede establecer una ruptura frente a este reparto sensible de inequidad y violencia que se sostiene en detrimento de su propia subjetividad. El peso de las lógicas de dependencia económica y emocional intensificadas socialmente limitan sus posibilidades de agenciamiento.

La lógica contractual que rige las relaciones de la mujer en esta novela se mantiene luego de la muerte de Nacho. Adelita queda "desamparada", debido a la dependencia constitutiva de su relación conyugal. En este sentido, la muerte de su esposo implica para ella un difícil proceso de agenciamiento y reconocimiento de sus propias potencialidades. Sin embargo, primero debe reconocerse vulnerable a través de la experimentación de otras violencias múltiples que pueden recaer sobre ella como mujer. Cuando busca ayuda del antiguo capitán de su esposo, este accede a ayudarla, recalcando que, si él hace algo por ella, ella debe retribuirlo, siendo "amable" con él

y "atendiéndolo" cuando la visite (Peláez 55). Este hombre explicita aquí el orden contractual que regula la existencia de muchas mujeres en el contexto de la sociedad capitalista-patriarcal, en el que sus posibilidades de subsistencia están circunscritas a que se acceda a disponer de su corporalidad como mercancía de cambio para negociar las condiciones materiales de su propia existencia.

Los agentes detonantes del proceso de reconfiguración identitaria y subjetiva de Adelita son dos muertes subsecuentes de personas que la definían en el espacio social que ella habitaba: Nacho y Angelita, su hija. Estos dos personajes representaban de manera directa e indirecta la estructuración misma del poder patriarcal; el primero, desde la conyugalidad, estructura de dominación sostenida en el sometimiento de la subjetividad femenina, y la segunda, desde la estructura maternal impuesta como deber ser de la mujer y su fin último.

En la novela, estos dos personajes aparecen a nivel representacional fantasmáticamente, uno y otro son imágenes articuladas en el lenguaje de la ausencia. Nacho figura desde el lenguaje de la memoria, ya que la narración inicia con su asesinato no especificado en una toma guerrillera; su presencia en la novela emerge como un accionar ausente. Angelita, por otro lado, tiene una presencia física casi etérea, sus exclamaciones y quejas son débiles y su corporalidad frágil: "Miramos a Angelita. Parecía un angelito dormido en mis piernas. Temí tocarla y quebrar su piel delgadita y pálida" (Peláez 175). La constitución de estos dos personajes como una presencialidad abstracta permite su transversalización como significantes de las estructuras de dominación simbólica (Bourdieu) que articulan la existencia de Adelita. Por esto sus muertes y su posterior materialización, específicamente en el caso de Angelita a través de su conversión en "amuleto", es lo que permite que surja otro régimen relacional desestructurante de las relaciones de poder preestablecidas.

En esta misma línea, las nuevas posibilidades relacionales de Adelita se establecen a partir de indagar en su propio pasado, y el de los sujetos y espacios que lo constituyen. En esta búsqueda conoce a Olivia, una joven amante de Nacho, de la misma edad de ella, que había sido explotada física y sexualmente en la "Casa de las Muñecas". El encuentro entre Adelita y Olivia expone dinámicas relacionales que contrastan fuertemente con las representadas hasta ese momento en la narración. La interacción entre ellas va tejiendo un lazo de similitudes; además de las semejanzas físicas, ambas nacieron en la ciudad desaparecida de Armero, ambas perdieron a su pareja el día de la toma, ambas la veían como una figura paternal, y para ambas era

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

su sustento. Esta convergencia experiencial, caracterizada por el sometimiento a la dominación patriarcal, las hermana:

> La vi vencida y me sentí como ella. Por eso no esperé que dijera nada más y comencé a contarle que yo tampoco tenía nada y que ahora más lo necesitaba, y hasta le hablé de mi madre, que quedó sin la ayuda que le mandaba Nacho. Y cuando menos pensé, era yo la que lloraba. Y como ya le había contado eso, sólo faltaba decirle lo de la nena y ahí si no pude contener un llanto más ruidoso porque le dije que temía que sin un médico de verdad se me muriera y que nació enferma y sólo en Bogotá podían sanarla pero que no tenía dinero. Entonces, la miré y vi que ella lloraba. Así nos acercamos y nos abrazamos. (Peláez 162)

La frase de Adelita que inicia el fragmento inscribe un régimen de apertura al otro, en el cual, en el otro, vulnerable y expuesto, espejea su propia subjetividad. En este sentido, Olivia opera como imagen especular en la que Adelita se reconoce, posibilitándose de este modo el restablecimiento del lazo social fracturado por la violencia sistémica estructurante de la realidad. Emerge en este espacio una noción de interdependencia vinculante que desestructura las lógicas del capital y la violencia, pues el reconocimiento de sí mismo como otro, posibilita un reparto sensible empático y compasivo que permite colectivizar el dolor y la necesidad; se pasa así, siguiendo a Segato, del "deseo de las cosas", que produce individuos, al "deseo del arraigo relacional" que produce comunidad (*La guerra* 30).

En esta vinculación, se establece una red de solidaridad que se expande (Olivia, Nubia, la "doña"). Olivia ayuda a Adelita, le ofrece un lugar al cual llegar en Bogotá y le da el dinero con el que cuenta. No exige nada a cambio, a diferencia de la situación antes mencionada en la que el capitán Rojas demanda un intercambio material-corporal. En esta línea, Olivia y Rojas encarnan dos regímenes de posibilidad: la primera, un régimen solidario basado en la empatía y el reconocimiento de la interdependencia y, el segundo, un régimen capitalista patriarcal, sostenido en transacciones estructuradas por unos roles de género que objetualizan, violentan y someten unos cuerpos al servicio de otros masculinos hegemónicos.

En la nueva relacionalidad, la noción misma de dependencia se resemantiza, pasando de estar caracterizada por la dominación y la sumisión, en el caso de Adelita con Nacho, a una noción más solidaria e igualitaria como la que establecen las dos jóvenes. En consecuencia, el sentimiento de aislamiento y soledad, padecido por la

pérdida de la primera dependencia, es sustituido por una sensación de acompañamiento. Esto último lo manifiesta Adelita luego de despedirse de Olivia en su primer encuentro: "Cuando cogí el bus de regreso a Lérida, sentí que ya no estaba tan sola en el mundo" (Peláez 165).

Esta relacionalidad se estructura en una transformación de los afectos, entendidos como "bodily capacities to affect and be affected or the augmentation or diminution of a body's capacity to act, to engage, and to connect . . ." (Ticineto y Halley 2). En el caso de Adelita y Olivia, se inicia un proceso de apertura a una afectación mutua, donde el dolor individual se comparte mediante el lazo vincular que se establece. Al respecto señala Adelita: "A todo lo que le contaba, ella movía la cabeza y suspiraba. Parecía tener la misma pena: dolor por la muerte de la hija de Nacho, como si ella fuera la madre y Angelita su hija. Sentí celos pero me alegré que al final Nacho estuviera muerto" (Peláez 211). En esta producción afectiva, existe un gesto radical que hace resistencia a la violencia y sus mecanismos de des-afectación e insensibilización de los sujetos, mediante el cual los hace aptos para ejercerla.

La articulación afectiva de estos lazos solidarios le permite a Adelita empoderarse en el medio que habita, y discernir las violencias y responsabilidades que han marcado su existencia. De esta manera, se niega a otorgarle la culpa de la muerte de su hija a Olivia, quien la asume por haberle hecho un maleficio; la respuesta de Adelita es clarificadora: "—Olivia, usted no tiene la culpa de lo que le pasó a la niña. Fue la guerra, la guerra . . . Le recordé los momentos duros del ataque en Venadillo y lo que debió sufrir la nena. Ni yo sabía por qué habían pasado las cosas" (Peláez 212). En su respuesta, Adelita niega la posibilidad de la asunción simplista de las culpas que, enfocada en "manifestaciones subjetivas" (Žižek) de la violencia, hace que estas recaigan sobre sujetos individuales, desconociendo y encubriendo así la sistematicidad de las prácticas y las instancias institucionales y simbólicas que las estructuran.

El agenciamiento de Adelita comienza por la afirmación de su propia voluntad y la apropiación de las prácticas subalternizantes que se ejercen sobre ella. El capitán Rojas la encuentra en Bogotá, donde es señalada de auxiliar a un subversivo. Ante las acusaciones, ella relata: "Subí los hombros, agité la cabeza y respondí a media lengua, como lo hubiera hecho la muñequita de Olivia: —¡No, papi! Yo soy una niña buena. Mi respuesta complació al capitán Rojas" (Peláez 220). En esta respuesta, igual a la que hubiera enunciado en otro momento, el significante ha sido trastocado por su agenciamiento. Ya no es dominación lo que subyace en la enunciación, sino

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

la apropiación y la comprensión de las lógicas dominatorias y de la posibilidad de subvertirlas internamente como forma de subsistencia real.

Desde este reconocimiento Adelita comienza a identificar y afirmar su deseo, por esto se niega a esperar esa noche al capitán Rojas, quien iba a cobrarle los "favores" recibidos. En relación con esto, señala que no quiere esperarlo, que ya no le gusta, que le parece viejo, que no estará con él ni por dinero, y cierra diciendo: "De ahora en adelante voy a hacer lo que me guste. Ya no tengo quien me mande. ¡Olivia, soy libre!" (Peláez 221). Esa libertad adquirida le permite fortalecer los lazos solidarios que posibilitaron su empoderamiento y resistirse a aquellos que tienden a su sometimiento. En este último sentido, es cortante con David, el joven guerrillero que había conocido, cuando se resiste a la voluntad de este de implicarla en sus planes y en la espiral de violencia que lo envuelve.

Con Olivia, por el contrario, Adelita establece una vinculación efectiva, con ella decide compartir, no solo la materialidad legada por David tras su desaparición (una maleta llena de dinero), sino también el devenir posible de sus vidas, estructurado por su voluntad, sus deseos ahora existentes y sus fantasmas (su padre, Nacho y Angelita). En esta línea, le dice a Olivia: "David nos dejó algo, a mí más que a usted. Bueno, no me dijo que le diera, pero yo quiero compartirlo" (Peláez 243), y concluye maquetando la escena: "Caminamos como un solo cuerpo cargando el morral, cada una aportando un brazo, y la carga se nos hizo ligera" (Peláez 244).

Frida o el arraigo

"[Frida] Sabe que quien desea, pero no obra, engendra peste"
(Potdevin 45)

La historia de violencia que define la existencia de Frida ilustra las múltiples y sistemáticas violencias relacionadas con el conflicto armado que han sufrido las poblaciones afrocolombianas. Muchas de las comunidades asentadas en el Pacífico colombiano han padecido, con especial énfasis desde finales de los años noventa, violencias constantes asociadas a las disputas por sus territorios que han afectado irrevocablemente sus modos de vida. Las prácticas intensivas del capitalismo y sus lógicas extractivistas, inscritas en el territorio y en los cuerpos de manera violenta por las fuerzas militares, paramilitares y guerrilleras, principalmente, han articulado una compleja realidad para estas comunidades y otras, indígenas y campesinas.

Un ejemplo ilustrativo de estos procesos es el referido por el antropólogo Arturo Escobar respecto a las comunidades de Curvaradó y Jiguamiandó en Colombia. En estos lugares:

> . . . acciones coordinadas por parte de militares y paramilitares en alianza con negociantes interesados en la expansión de la palma africana —y bajo el pretexto de combatir a la guerrilla y traer el "desarrollo" a la zona— habían propiciado masacres y desplazamientos forzados masivos en 1996 y 1997. Desde entonces y hasta marzo de 2012 estas dos comunidades habían sido víctimas de quince desplazamientos forzados y de 148 asesinatos de líderes. El motivo: apropiarse de los territorios para expandir la palma, el banano, la ganadería extensiva y otros productos, principalmente para mercados de exportación. (26)

En estas disputas por los territorios, donde las comunidades que los habitan son constantemente vulneradas y desplazadas por el amplio potencial de violencia desplegable por los grupos armados, están en juego dos nociones de territorio: una hegemónica globalizante, que lo concibe como una espacialidad explotable ilimitadamente; y otra que lo entiende como un entorno constituyente de unos modos de vida, y como un eje articulador de identidad y comunidad. Esta dicotomía la expresa la lideresa social afrodescendiente y actual vicepresidenta de Colombia, Francia Márquez, en su texto "El territorio es la vida", cuando señala que:

> [P]ara muchos, el territorio es una fuente de riqueza acumulativa, un patrimonio que se puede vender y comprar, simplemente una propiedad privada. Sin embargo, la crianza comunitaria impartida por las mayoras y mayores de la comunidad en la que me crié me enseñaron a comprender, ver y sentir el territorio como un espacio de vida, de construcción colectiva y comunitaria. (9)

La primera noción que aquí aparece de territorio está constituida por una concepción económico-capitalista, en la que este es siempre un recurso potencialmente explotable y modificable, en función del aumento de la acumulación de capital por parte de los grandes capitalistas, nacionales y transnacionales. Este modo de leer el territorio se correlaciona con el mapa del desplazamiento forzado en Colombia, el cual deja ver los intereses económicos que definen las rutas del conflicto y las disputas territoriales que lo articulan. Los territorios despojados devienen en territorios explotados, dedicados a la minería, la ganadería y los monocultivos, además de a las economías ilegales asociadas a cultivos y rentas ilícitos.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

En *La sembradora de cuerpos*, esta problemática la discuten Coronado y Frida, cuando quedan solo ellos en el pueblo: "—Quiero creer que no volverán [Paramilitares y guerrilleros]. —Los unos bajaron la guardia: tienen las rutas aseguradas para su negocio; los otros se replegaron monte arriba. —¿Y qué puede pasar ahora? —No demoran en tumbar el bosque y sembrar palma africana. Los animales de monte huirán y las aves no retornarán si no tienen dónde anidar" (Potdevin 93). La irrupción violenta en el territorio, primero produciendo el desplazamiento forzado de la población y luego arrasando lo que constituye la materialidad de una comunidad, abre paso a la apropiación de la tierra por parte de las élites económicas y criminales para su explotación ilimitada.

La segunda noción de territorio que expresa Márquez, que se encuentra representada por diversas comunidades afrodescendientes e indígenas, está sostenida en una cosmovisión vinculante, configurada por temporalidades y saberes que articulan un modo de habitar activamente el territorio, y unas maneras de relacionarse en y con él. Esta forma de vinculación espacial, en la que existe un reconocimiento de la "densa red de interrelaciones y materialidad" que constituye la vida, es lo que Arturo Escobar denomina "relacionalidad" u "ontología relacional". Con estos conceptos el antropólogo colombiano define aquella forma de habitar vinculante en la "que *nada* (ni los humanos ni los no humanos) *preexiste las relaciones que nos constituyen*. Todos existimos porque existe todo" (Escobar 29). Se trata de una noción en la que los sujetos actúan en concordancia con la comprensión de la mutua afectación y dependencia existente entre cada uno de los elementos que constituyen la materialidad viva y no viva del territorio, pues se saben constituidos, como individuos y como comunidad, por esas relaciones materiales vinculantes. En este sentido, "no sólo luchan por defender sus territorios sino que lo hacen a nombre de otra concepción del desarrollo, una relación armónica con la naturaleza y una forma diferente de vida social" (Escobar 27).

La "ontología relacional" se opone diametralmente a la concepción del territorio como recurso y a los intereses que sustentan esa idea.[4] De este modo, estas maneras de entender y relacionarse con el territorio, en el ámbito de la flexibilización de la economía global, representan un obstáculo para las élites económicas, legales e ilegales, y para los Estados-neoliberales, garantes de esas élites y del adecuado funcionamiento

4 Escobar denomina esta concepción como una "ontología dualista" (29).

del mercado.[5] Así, amplios sectores poblacionales largamente subalternizados son impactados, cada vez con mayor frecuencia, por una violencia indiscriminada, a la que nadie más que ellos como comunidad se oponen. Al respecto señala Raúl Zibechi: "In much of Latin America, the state does not protect its citizens. This is particularly true for the popular sectors, indigenous peoples, people of colour and mestizos, who are exposed to the onslaught of drugs trafficking, criminal gangs, the private security guards of multinational corporations (MNCs) and, paradoxically, from state security forces, such as the police and the army" (151).

En este marco contextual, el concepto de territorio, entendido como un significante en disputa en el escenario de la economía política actual, en el que se espacializan unas determinadas relaciones de poder, es un concepto pleno de sentido para pensar y tratar de entender las dinámicas que caracterizan el fenómeno de la violencia en Colombia en las últimas décadas. En concordancia con esta idea, es comprensible que la noción de territorio sea un elemento medular en la estructura diegética de algunas narrativas recientes del conflicto, entre ellas, *La sembradora de cuerpos* de Potdevin. En esta novela, Frida corporaliza individualmente una resistencia comunitaria en defensa de una "dimensión ontológica" del territorio, su voz es una modulación aglutinante de las temporalidades y espacialidades que articulan su territorio y, por tanto, su propia identidad. Por esta razón es que ella se reconoce antes hija de la tierra que de su propia madre (Potdevin 14), es decir, más una sujeto-colectiva definida por una relacionalidad territorial compartida, que una individuo particularizada por una vinculación filial específica.

En Las Brisas, pueblo donde se desarrolla la narración, la violencia irrumpe fracturando los ritmos del habitar, trastocando toda cotidianidad e interrumpiendo el hacer que, como forma de relación entre los integrantes de una comunidad, es el factor estructurante de una red activa de relaciones. La violencia paulatinamente se cierne sobre este lugar. Primero, viene el asesinato de la maestra por parte de la guerrilla, y luego las dos incursiones paramilitares; el pueblo como espacio vivo es transformado en memoria material a través de su conversión en ruina. De esta forma, la economía del trueque (atarrayas y peces), el saber medicinal ancestral (hierbas

5 En *Breve historia del neoliberalismo*, David Harvey (6-7) advierte que en el marco del modelo neoliberal el papel del Estado está limitado a garantizar el adecuado funcionamiento de los mercados, a proteger y defender el derecho a la propiedad privada y a mercantilizar aquellas áreas en las que no exista un mercado: tierra, educación, salud, etc.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

y ungüentos) y la oralidad que cimienta la tradición del pueblo, son desarraigados violentamente del territorio, sin que esto implique su desaparición total, ya que la ruina siempre es una fuga potencialmente articuladora de relatos.

El desarraigo como condición impuesta corta el lazo que une al sujeto con el territorio y lo lanza a la nada; así, este, junto con el territorio, pierde la identidad individual y social que estructura su subjetividad. En el proceso de desplazamiento forzado, como señala Gloria Naranjo refiriendo a Axel Honneth, se produce "la afectación de la propia idea de sí mismo o el autorespeto pero también la valoración del conjunto social sobre su persona lo que induce a la víctima a pensar que él no tiene ningún significado para la sociedad en la cual habita y que es superfluo o liminal" (Naranjo 10). Ante esta condena a no ser, Frida ofrece resistencia, ella dimensiona que lo que está en juego en el desplazamiento es la esencia misma de cada una de las subjetividades que constituyen su comunidad, esa que, como cuenta "ña G", nació del barro en una noche sin luna en que el agua del río inundó la tierra, "de ese largo abrazo entre el río y tierra nacimos" (Potdevin 13), relata la curandera.

El proceso de resistencia de Frida frente a la violencia del desarraigo se articula primero como discurso y después como performance. En primer lugar, ella se impone enunciativamente cuando confronta al líder paramilitar Josefo Farfán: acusándolo y responsabilizándolo por los muertos que bajan por el río, y luego tomándolo por el brazo para decretar: "—No vamos a irnos", "—¡Nacimos aquí, somos de aquí!" (Potdevin 46). La modulación de Frida, que recuerda las palabras de la lideresa Francia Márquez en el corto *La toma* (2010),[6] es la afirmación de la profunda vinculación de los sujetos con el territorio. E ese "somos de aquí" funciona como un "somos aquí", que reconoce la pérdida del territorio como la pérdida de la existencia misma, individual y colectiva, que es a la vez espiritual, sensible y material; para esta comunidad el desplazarse "es como si le amputaran de sus cuerpos la tierra, el río, la piel" (Potdevin 47).

En segundo lugar, Frida expone su cuerpo-agencia como símbolo de resistencia al permanecer en el territorio, por encima del decreto del aparato paraestatal: "¡Mañana a las diez no debe quedar nadie en Las Brisas!" (Potdevin 45), pero ella impone su presencia. Todos se marchan, su madre, sus hermanas, "ña G"; el pueblo es saqueado

6 En este corto dirigido por Paola Mendoza, Francia Márquez expresa esta misma forma de pertenencia al territorio al afirmar: "Yo sé que nadie está dispuesto a salir de su territorio, a mí me matan aquí, pero yo no me voy".

y arrasado luego por el fuego. Aun así, ella permanece ahí, para activar la ruina, para ver la tierra arrasada recuperarse y para mantener viva la memoria-presente del territorio. La presencia performática de Frida es un vector que afirma dos regímenes de resistencia, uno directo de desacato frente a la violencia despótica impuesta arbitrariamente, y otro indirecto, que procura el restablecimiento de unos ritmos armónicos del habitar. De esta forma, ella instala dos registros, uno de oposición, sostenido en la negación a dejar el territorio, y otro de recomposición, basado en su presencia que recorre el territorio activa y contemplativamente: mirando el río, escuchando las aves, cosechando yuca, pescando y "sembrando" los muertos que bajan por el río.

La resistencia que Frida corporaliza tiene unos costos en el espacio de violencia que habita. Este resistir el desplazamiento obligado en condiciones de absoluta carencia y soledad la dejan expuesta a repertorios de violencia que recaen de forma directa sobre su cuerpo por medio de violaciones reiteradas y su secuestro. En este caso, siguiendo a Rita Segato (2003) en su conceptualización sobre la violación,[7] este acto de violencia sexual viene a operar como una forma de restablecimiento del orden jerárquico patriarcal, puesto en duda por las acciones de Frida, quien en reiteradas ocasiones lo desafía al afirmar su pertenencia al territorio, y cuestionar la soberanía y dominación de la violencia sobre el mismo.

En este escenario de afirmación territorial, la figura de Frida condensa una performatividad "antigónica" en varios sentidos. Por un lado, en su gesto de oposición y resistencia frente a las órdenes de una institucionalidad-parainstitucionalidad arbitraria, que decreta y se impone sobre su vida y la de su comunidad, por encima de los mandatos que constituyen su existencia relacional en y con el territorio. Por otro lado, en el modo en que espacializa su lucha, desde la memoria de la ruina y, específicamente, en el gesto heredado de Coronado de rescatar los cuerpos del río y enterrarlos, dándoles un nombre y un apellido, es decir, una familia después de la muerte. El gesto de Coronado y Frida es un gesto de humanización *post mortem* que reescribe sobre la borradura producida por la violencia. En general, con su agenciamiento de quedarse y hacer presencia activa en el territorio, Frida construye una memoria viva que rehace y recrea una comunidad, constituida por el río, las aves y los "muertos".

7 Véase: "La estructura del género y el mandato de la violación" en *Las estructuras elementales de la violencia*.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

Petrona o la duda

> "Yo me preguntaba lo que pensaría Petrona cuando cerraba los ojos. Me imaginaba que algo duro crecía en su interior y que si la dejábamos sola se convertiría en piedra".
> (Rojas 28)

Los regímenes de posibilidad que expone Petrona frente a la violencia en *La Fruta del borrachero* son quizás más complejos y difusos que los argumentados en relación con Adelita y Frida, por la dimensión de inacción que los constituye. En esta novela, el desplazamiento forzado pone a Petrona en un entorno de profunda exclusión en el que operan mecanismos fuertemente clasistas y estructuras de violencia articulada, específicamente guerrillera, por las que ella como víctima de ese sistema excluyente y de la violencia paramilitar, es fácilmente captable.

Las condiciones de precariedad, aunadas a los procesos sistemáticos de discriminación social, facilitan que el ejercicio de la violencia o la complicidad con esta se instauren como una posibilidad para muchos sujetos en estos contextos. Primero, Petrona es llamada por los grupos guerrilleros que operan en los Cerros a ejercer como informante, pasando información sobre los Santiago, la familia para la que trabaja, y otras familias. Segundo, su hermano Ramón, con tan solo doce años, es "reclutado" por estos mismos grupos para realizar tareas asociadas a la logística de la guerra. Tanto en el caso de Petrona como en el de su hermano, el agenciamiento violento funciona como una posibilidad para mejorar sus condiciones de vida en términos materiales y subjetivos dentro de una dinámica social específica. En estos casos, como partícipes de la violencia, los sujetos adquieren existencia como sujetos con poder, adquisitivo y simbólico; en esta línea, el anonimato, la carencia y la vulnerabilidad que define sus vidas cotidianas son desplazados por ese empoderamiento violento en este marco social.

En la novela de Rojas, la voz de Petrona relata la cotidianidad de este tránsito: "Desde que tengo memoria, nuestros muchachos se habían ido de los Cerros sin nada más que la camisa que traían sobre la espalda. Regresaban en jeeps, con chaquetas de cuero y finos zapatos Nike. Sabíamos que habían estado en las montañas, entrenándose. Luego llegaba el ejército colombiano y los acribillaba. O se iban y nunca volvían" (Rojas 64-65). El ciclo que testimonia Petrona presenta la precariedad que

define a los sujetos antes de su subsunción a la violencia, además del régimen de consumo que determina sus agencias.

El empoderamiento violento de estos sujetos se da tanto para adquirir las condiciones básicas de las que carecen, como para ser partícipes de una sociedad de consumo globalizante, en el que las marcas y la obtención de unas mercancías específicas determinan un lugar en el marco de una jerarquía social. En esta lógica de sentido, un joven guerrillero que llega donde su abuela con un televisor a sus espaldas es el referente del deber-querer ser. La abuela aplaude y enfatiza: "*Me haces sentir orgullosa. Le tengo listo su espacio: en medio de la sala. Así cuando vengan las amistades verán lo que mi muchachito me trajo, se pondrán verdes de envidia. Gracias, mijito, gracias*" (Rojas 65), y cierra la escena Ramoncito confiándole a Petrona: "*Quiero volver a casa así algún día*" (Rojas 65).

En *Capitalismo Gore*, la investigadora mexicana Sayak Valencia utiliza el término "necroempoderamiento" para referirse a estos "procesos que transforman contextos y/o situaciones de vulnerabilidad y/o subalternidad en posibilidad de acción y autopoder, pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas y autoafirmación perversa lograda por medio de prácticas violentas" (205-206). Dichos procesos se encuentran sustentados en los imaginarios de consumo instituidos transversalmente en toda la sociedad por la fase actual del capitalismo global. En estos, además de las condiciones de subsistencia básicas, los sujetos deben buscar acceder al mercado como consumidores activos, pues de lo contrario seguirían siendo ontológicamente negados como sujetos.

Un factor particularmente determinante de la violencia guerrillera-subversiva, que se intersecciona con los problemas de las necesidades básicas y del consumo en el escenario de la economía neoliberal, es el del uso de la violencia como un derecho ejercible como respuesta a la violencia que recae sobre determinados grupos sociales. Este argumento justificatorio insta a estos grupos a responder a la violencia con violencia. En esto enfatiza Judith Butler en *La fuerza de la no violencia* (2020), cuando destaca, a propósito de algunos proyectos de izquierda, que:

> [U]no de los argumentos más habituales para defender el uso táctico de la violencia comienza con la afirmación de que mucha gente ya vive en el campo de la fuerza de la violencia. Como la violencia es algo que ya sucede, continúa esa línea, no hay una elección verdadera sobre si iniciar o no la violencia por medio de la propia acción: ya estamos ubicados dentro del campo de la violencia . . . Según esa concepción, considerar

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

> la acción violenta no constituye una elección, dado que uno ya está —y de modo involuntario— dentro del campo de fuerza de la violencia. Como la violencia sucede todo el tiempo (y les sucede regularmente a las minorías), tal resistencia no es sino una forma de contra-violencia. (20)

En este ciclo donde la violencia se instala como causa y efecto en un espiral indetenible, esta se convierte no solo en el paradigma articulador de toda temporalidad, sino también en el eje estructurante de toda sociabilidad. En este escenario, las posibilidades de los sujetos están trazadas de forma muy limitada, condicionando sus repertorios agenciales individual y colectivamente. Precisamente, en este espacio social resulta relevante la figura de Petrona, quien, inscrita en este contexto, fisura esta lógica justificatoria desde la puesta en duda de este esquema constitutivo de su realidad.

El primer paso para implicar a Petrona en las actividades guerrilleras consiste en apelar a la necesidad de su familia. Leticia, otra joven trabajadora doméstica, que pasa información a los "encapuchados", es quien trata de convencerla: "*Ya sé que dijiste que no quieres hacer lo que yo hago, pero ¿y si tu familia tiene hambre? Dinero extra es dinero extra*", "*no tiene nada de raro, todas las muchachas lo hacemos*" (Rojas 66). La actividad cómplice de estas jóvenes, por la que reciben el triple de su salario regular, consiste en entregar un paquete con información sobre las familias en las que trabajan, con el fin de que los grupos subversivos las perfilen para posibles secuestros.

Petrona resiste anclada en la moralidad inculcada por su padre cuando vivían juntos en Boyacá, antes del ataque paramilitar que lo desapareció a él y a algunos de sus hermanos. Ella se aferra a ese vestigio del pasado: "En las noches cuando nos daba hambre porque un grupo u otro se había robado nuestras cosechas, él nos decía que era mejor dormir con la conciencia tranquila que ser un parásito del estado o de los grupos militarizados, que eran solo una versión diferente del gobierno" (Rojas 53). Sin embargo, el desgaste de su propia vida, la partida de su hermano Ramoncito a la guerrilla y ver a su hermana menor, Aurorita, destinada a la misma realidad que ella, la llevan a aceptar convertirse en informante.

En el proceso de vinculación de Petrona con el grupo guerrillero que operaba en la zona en que vivía, además de Leticia, es central el personaje de Gorrión. Él, compañero de Ramoncito en la guerrilla, llega a su vida y encarna afectivamente el discurso guerrillero encauzado a través del resentimiento y el dolor producido por el asesinato

de Ramoncito. En Gorrión se cristaliza enunciativamente el proceso ideológico de adoctrinamiento que justifica la lucha guerrillera. Desde un registro de cercanía afectiva, él le plantea a Petrona cuestiones cruciales relacionadas con el problema de la violencia: "Gorrión quería justicia. *¿Por qué crees que unos cuerpos valen más que otros?* Quería que yo viera todas las maneras en las que el mundo se aprovechaba de mí. Le gustaba recontar todas las cosas que tenían los Santiago y todas las cosas que a mí me faltaban. Yo lo escuchaba" (Rojas 117). Por una parte, en términos discursivos, lo que buscan potenciar las palabras de Gorrión es un agenciamiento violento de Petrona, el cual, sin producir culpa, le permita articular una respuesta "efectiva" a la constante violencia que ha recaído sobre ella. Se trata, como señala Butler, de responder a un "principio de reciprocidad simple" que "permite llevar a la práctica cualquier acción que realice otro" (*La fuerza* 21). Por otra parte, en términos fácticos, esta enunciación busca que ella contribuya activamente en uno de los procesos de financiación más importantes que por muchos años tuvieron las guerrillas, el del secuestro.

Uno de los argumentos centrales de Gorrión es el cuestionamiento por el valor que tienen unas vidas por encima de otras. Este ha sido uno de los problemas centrales que ha abordado Judith Butler en algunos de sus trabajos sobre el fenómeno de la violencia: *Vida precaria* (2006), *Marcos de guerra* (2010) y *La fuerza de la no violencia* (2020). En estos textos, Butler cuestiona la manera en que en la sociedad contemporánea unas vidas son dignas de duelo, mientras que otras no lo son, esto es lo que la teórica denomina "grados de duelidad" (*La fuerza* 25). En ese ordenamiento biopolítico, las vidas que son valiosas y por tanto pueden ser lloradas, son a su vez defendibles y debe hacerse todo lo posible para que prevalezcan, mientras que las que se encuentran en la orilla opuesta son prescindibles y "desechables".

En concordancia con lo planteado por Butler, es importante la reflexión que subyace en las palabras de Gorrión; sin embargo, debe entenderse que esta reflexión vehiculiza dos posibilidades accionales: una que reconociendo esta desigualdad en el valor de las vidas propenda por instalar un régimen valórico más justo, y otra que desde este mismo reconocimiento legitime un régimen de reproducción de la violencia, como modo de igualamiento, cuya teleología sea extender el daño a aquellos culpables directos e indirectos de estos sistemas de desigualdad.

Particularmente, en la novela de Rojas, este último régimen es el que se procura articular y activar en Petrona. Ella es perfilada para hacer parte del ejercicio de la violencia. Así, ante cualquier asomo de empatía por el "otro-enemigo", que en este caso

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

son las clases altas, sinónimo de opresoras, se acude a una modulación emocional para desactivar cualquier cuestionamiento a las lógicas articuladoras del conflicto. Por esto, cuando ella siente culpa con los Santiago, Gorrión le recuerda que ellos hacen parte de ese sistema desigual que la dejó a ella sin siquiera el dinero para enterrar a Ramoncito (Rojas 154).

Estos condicionamientos terminan sumergiendo a Petrona de manera cada vez más activa en el ciclo de la violencia. Así, opera en ella por momentos un vaciamiento que la lleva a pasar información a la guerrilla, y luego a manipular y contribuir con el secuestro de Chula, la hija menor de la familia Santiago, quien siente una profunda vinculación afectiva por ella. Del caso particular de Petrona y de su accionar, lo que resulta destacable es la reticencia y los rescoldos de duda que todo el tiempo acompañan los procesos subjetivos que la agencian violentamente.

La duda es el eje articulador de la resistencia que hay en Petrona. Esta se establece como posibilidad cuando se convierte en un obstáculo en la linealidad trazada por el accionar simplista, articulado por retóricas justificatorias de la violencia. En el sujeto enajenado por las discursividades que instrumentalizan la violencia, solo hay un camino indiscutible que dirige su agencia, este es el accionar en detrimento de unas subjetividades consideradas enemigas, con las cuales no hay transabilidad posible. Un ejemplo de estos agenciamientos los encontramos en figuras violentas como las del sicario o la del mercenario contemporáneo, cuyo régimen accional se caracteriza por la resolución y total desafección en el ejercicio de la violencia, rasgos solo posibles por las verdades (económicas, ideológicas, religiosas) que articulan sus prácticas.

En este escenario social en el que la violencia se instaura como lazo, la duda emerge como potencia, pues, como expresión de incertidumbre, vacilación, recelo e indecisión, agrega el sin sentido al paradigma de la violencia, que en el marco de su naturalización se encuentra constituido por certezas y sentidos indiscutibles que la justifican y la sustentan. En esta línea argumental, lo que la duda pone en cuestión, como vacilación, es la razón misma de la violencia como única forma de relación. De esta manera, instala una pausa, que puede producir o no una fisura en los mecanismos que alimentan el ciclo de la violencia.

En el último momento, cuando todo está jugado, Petrona desiste-resiste el proceso del secuestro de Chula, en medio del "operativo" escapa con ella y la entrega a su madre. Por esta actuación, el accionar violento del grupo armado recae sobre la corporalidad de Petrona a través de su secuestro y violación. En esta situación, esta

práctica viene a operar, igual que en el caso de Frida, como un mecanismo de restablecimiento del orden patriarcal de la violencia al cual ella le ha fallado. Petrona, al tomar distancia de este ejercicio específico de violencia, pone de manifiesto un proceso de afectación sensible que contrasta con las lógicas anestésicas de la guerra, por eso debe ser sancionada de manera ejemplarizante. Por consiguiente, la violación colectiva se instituye como acto "disciplinador" que, inscripto en su cuerpo, dialoga como significante con las múltiples subjetividades vinculadas al grupo armado, señalando cómo se paga una falta, específicamente, si se es mujer. Este acto de violencia devela la dimensión intersubjetiva de la violación, puesto que en él esta se manifiesta como "un acto expresivo revelador de significados" (Segato, *Las estructuras* 35) funcional a las dinámicas de la guerra.

La afectación de Petrona ante la acción que como grupo subversivo estaban llevando a cabo en contra de la familia Santiago, expresa una ruptura con el proceso de desafección que se había tratado de instalar en ella de manera sistemática. Ella se rehúsa a continuar con el plan porque siente un afecto vivo por Chula y su familia. De esta forma, ella fractura uno de los regímenes reproductores de la violencia, específicamente aquel que, estableciendo la dicotomía de amigo-enemigo, clasifica como sujetos defendibles a unos y violentables a otros, que en el caso de Petrona son las clases altas bogotanas. Esta lógica, como sostiene Butler, se basa en el argumento de la "defensa propia" en la que existen unos yoes defendibles, aquellos que son como yo en algún sentido: mis familiares, mi comunidad, mi grupo social, mis correligionarios; pero no aquellos que no pertenecen a ese yo extendido (Butler, *La fuerza* 24). Petrona plantea una ruptura con esta lógica, pues actúa en defensa de aquellos que no hacen parte de su yo: que no viven en los Cerros, que no son pobres, que no son desplazados, que no viven como ella. En este punto, Petrona expone un régimen que desactiva la justificación de la violencia contra ese otro que no es como yo y que, por tanto, no es defendible, y erige una vinculación que desborda el yo a través de la relación empática y afectiva con un otro.

El final de Petrona no es un final feliz ni idealizado, como posibilidad frente a la violencia a nivel representacional. Para ella la afirmación de la duda tiene un costo muy alto, como una sujeto precarizada que no "es digna de duelo", es decir, que no es una vida defendible, ni protegible. Su exposición es total a la sistematicidad de la violencia que estructura su universo social. Mientras la familia Santiago, tras el intento de secuestro de Chula y el secuestro del padre de la familia, se exilió en Esta-

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

dos Unidos, no sin dificultades y fuertes padecimientos; Petrona es dejada a merced de los grupos subversivos y después a merced de sus condiciones de vida profundamente precarizantes. De este modo, tras la violación se ve obligada a establecer una familia constituida por Gorrión, cómplice de la misma, y por un hijo producto de este acto de violencia. En un complejo proceso de aceptación de su realidad, Petrona afirma la desmemoria y el silencio como gestos de protección para sí misma y para otros. Su accionar explicita la profunda comprensión de una dinámica social estructuralmente desigual en la que unos siempre ganan, otros ganan y pierden, y otros siempre pierden.

> Una vez se me ocurrió que cuando uno no tiene nada en la vida, la vida se abre camino hacia la más nada. En nuestra finca en Boyacá, cuando empezaron a llegar los paras, Mami nos dijo que no viéramos nada, que no oyéramos nada. Si le hacíamos caso, saldríamos de ahí con vida. Nos volvimos sordos y mudos, pero aún así perdimos. La historia se repitió, y perdimos otra vez. No teníamos otra opción. (Rojas 391)

Conclusiones

Las sujetos representadas en estas tres novelas instauran diversos regímenes de posibilidad que funcionan como resistencias frente a los procesos de violencia largamente sedimentados en el marco del conflicto armado colombiano. Estos regímenes emergen a través de distintas modulaciones, como respuesta a la articulación interseccional de la violencia sistémica que, conjugando género, economía y raza, recae de manera más intensa y sistemática sobre grupos poblacionales específicos. En este sentido, Adelita, Frida y Petrona, como mujeres-jóvenes, espacializan luchas concretas que parten del reconocimiento no solo de las condiciones de posibilidad existentes en sus contextos, sino también de los procesos de subjetivación que las han determinado en ellos.

De esta manera, estas sujetos establecen otras formas de socialidad y politicidad, individual y colectiva. Primero, Adelita y el proceso de restablecimiento de un lazo social vinculante, que es expuesto a partir de su modo de relacionarse, compartir y colectivizar sus emociones, sentimientos y las materialidades que le devienen, con un otro, en el cual ella se reconoce y reconoce una relación de interdependencia y vulnerabilidad. Segundo, Frida y su resistencia al mandato de la violencia que la expulsa del territorio que la constituye. Ella desafía la arbitrariedad de la violencia, desde el permanecer en el territorio para afirmar su pertenencia y articular una memoria viva

del mismo, desde la reactivación de los ritmos del habitar y la humanización de las corporalidades negadas por la violencia. En tercer y último lugar, aparece la figura de Petrona y su performatización de la duda. Desde este estadio ella instala la no acción y la vacilación como posibilidad en el marco de la normalización de la violencia, en el que, como paradigma estructurante de toda sociabilidad, sobran las certezas y razones para ejercerla.

Estas son algunas de las resistencias más visibles que son representadas en cada una de las novelas analizadas, las cuales contrastan, como núcleos narrativos, con las intensas violencias que recaen sobre estas mujeres. Precisamente, en la complejidad de esas realidades representadas, constituidas por el desplazamiento y la precariedad, resulta posible que estos textos expongan unos regímenes de posibilidad que, al margen del orden capitalista-patriarcal estructurante de la violencia, instalan porosidades y fugas frente al ciclo perpetuo de la misma, posibilitando la configuración de nuevos imaginarios políticos y sociales.

ISSN 0716-0798
e-ISSN 2735-6825

Obras citadas

Araujo, Kathya. *Dignos de su arte. Sujeto y lazo social en el Perú de las primeras décadas del siglo XX*. Iberoamericana-Vervuert-Universidad de Santiago de Chile, 2009.

Blanco, Fernando. *Desmemoria y perversión: privatizar lo público, mediatizar lo íntimo, administrar lo privado*. Editorial Cuarto Propio, 2012.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Editorial Anagrama, 2000.

Butler, Judith. *La fuerza de la no violencia*. Paidós, 2020.

---. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós, 2009.

---. *Vida precaria, el poder del duelo y la violencia*. Paidós, 2006.

Del Sarto, Ana. "Los afectos en los estudios culturales latinoamericanos. Cuerpos y subjetividades en Ciudad Juárez". *Cuadernos de Literatura*, no. 32, 2012, pp. 41-68.

Escobar, Arturo. "Territorios de diferencia: la ontología política de los «derechos al territorio»". *Cuadernos de Antropología Social*, no.41, 2015, pp. 25-38.

Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, 2005.

Márquez, F., Acevedo, T., y Restrepo, A. Territorio. *Comisión de la verdad*. Rey Naranjo Editores, 2020.

Naranjo, Gloria. "El desplazamiento forzado en Colombia. Reinvención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional". *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, no.94 (1), 2001, pp. 1-17.

Peláez, Gloria. *Era mucho el miedo*. Ediciones desde abajo, 2016.

Potdevin, Philip. *La sembradora de cuerpos*. Planeta, 2019.

Ramírez-López, Wilmar. "Articulaciones de la violencia contra la mujer en el marco de las narrativas del conflicto armado colombiano". *Catedral Tomada, vol. 8*, no. 15, 2020, pp. 216-251.

Reguillo, Rossana. "Navegaciones errantes. De músicas, jóvenes y redes: de Facebook a Youtube y viceversa". *Comunicación y sociedad. Nueva época*, no.18, 2012, pp. 135-171.

---. "Nuevas gramáticas y metáforas para pensar a los jóvenes hoy". Entrevista: Sandra Di Luca, María de la Paz Echeverría y Pamela Vestfrid. Universidad Nacional de La Plata.

Rojas, Ingrid. *La fruta del borrachero*. Vintage Español, 2018.

Segato, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

---. *La guerra contra las mujeres*. Prometeo Libros, 2018.

Ticineto, Patricia. "Introduction". *The Affective Turn. Theorizing the Social,* editado por Patricia Ticineto y Jean Halley, Duke University Press, 2007, pp. 1-33.

Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Editorial Melusina, 2010.

Zibechi, Raúl. "People in Defence of Life and Territory. Counter-Power and Self-Defence in Latin America". *State of Power Edition 2018*, Transnational Institute (www.TNI.org), 2018, pp. 151-166.

Žižek, Slavoj. *Sobre la Violencia: Seis reflexiones marginales*. Paidós, 2009.